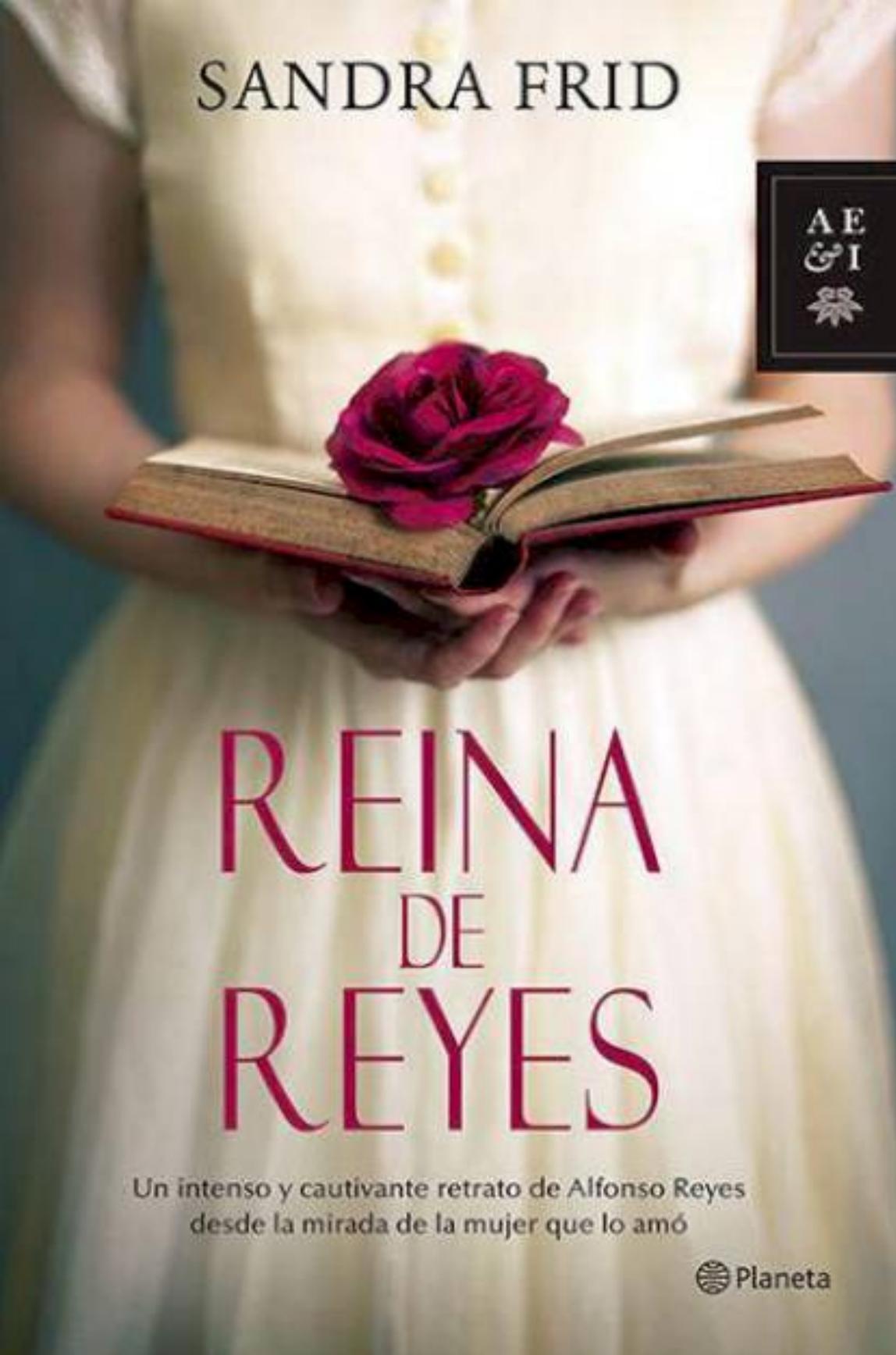


SANDRA FRID

AE  
& I  

REINA  
DE  
REYES

Un intenso y cautivante retrato de Alfonso Reyes  
desde la mirada de la mujer que lo amó

 Planeta

## ÍNDICE

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30

Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58  
Capítulo 59  
Capítulo 60  
Capítulo 61  
Capítulo 62  
Capítulo 63  
Capítulo 64  
Capítulo 65  
Capítulo 66  
Capítulo 67  
Capítulo 68

Capítulo 69  
Capítulo 70  
Capítulo 71

Nota final

[Bibliografía](#)

[Acerca del autor](#)

Créditos

*Dedico este libro a la memoria de mi padre,  
sabia mirada celeste que siempre me acompaña.*

*El vago azar o las precisas leyes  
que rigen este sueño, el universo,  
me permitieron compartir un terso  
trecho del curso con Alfonso Reyes.*

**«IN MEMORIAM», JORGE LUIS BORGES**

Cuando lo conocí, tan joven, tan rubio y chaparrito, no imaginé que con él aprendería una nueva forma de existir. Yo ignoraba que era hijo de un general y nieto de un Ochoa que tenía minas de oro en California, pero como dicen por allí, riqueza y felicidad no pueden ocultarse, y a él hasta de espaldas se le notaba la casta.

En esa época muy pocas mujeres estudiaban preparatoria. Era yo la única en mi salón y sufrí bastante; no por las asignaturas, sino porque los muchachos se divertían molestandome: «¿Qué hace una vieja aquí?», «Andará buscando...», «Ahí viene la machorra.» Me llamaban *marimacha* con los ojos puestos en el pedacito de tobillo que mi falda no cubría; fue necesario deshacer los dobladillos o festonearlos para alargar los vestidos.

Alfonso había venido a la capital a terminar el bachillerato. Una mañana lo sorprendí observándome; acostumbrada a que los muchachos me vieran como a un raro espécimen, retadora alcé el mentón. Le habrá hecho gracia, pues me sonrió. A partir de entonces, cada vez que nos cruzábamos en los corredores de la Escuela Nacional Preparatoria nos saludábamos inclinando la cabeza.

Ser hija de humildes bordadores no me había resultado incómodo hasta que conocí a Alfonso. Nunca olvidaré el gesto que le torció la boca a su madre el día que me la presentó, ¡como si yo oliera a estiércol! Era pequeña y nerviosa, con ojos de buitre; aun en su insignificancia, aquella mujer rezumaba ferocidad. Al chocar nuestras miradas palpé su malquerencia: el fuego de sus pupilas me recorrió completa. A pesar de mi estatura, me sentí chiquita. Odié mi figura, mis pies enormes, mi ancho cuello; aborrecí a mi padre, de quien heredé el tamaño, las orejas puntiagudas y la falta de medios. Y abominé a la señora Reyes por provocarme tantos y tan malos sentimientos.

Alfonso me confesó que la disciplina en su familia era rígida: durante la infancia las instrucciones que los padres les daban a él y a sus hermanos parecían órdenes militares, y los horarios para comer y dormir se anunciaban con una campana. *¡Como en los conventos!*, pensé. Tal vez se arrepintió de haberlo admitido, pues de inmediato cambió de tema y pasó a describir la maravillosa biblioteca de su padre, «refugio de mi fantasía», agregó con nostalgia en la mirada.

Ahora, tras cincuenta años, comprendo muchas situaciones y comentarios que, como lingotes de oro o costales de broza, irremediablemente inclinan la balanza.

Ingenua era yo en amores; aun así me parecía extraño que el dueño de mis suspiros no me presentara a su familia ni a sus amigos poetas. Intuía la vergüenza que le provocaba mi falta de abolengo, pero a esa edad una pasa por alto lo que en cuestiones de idilio puede lastimar. Alfonso siempre estuvo enamorado de la belleza, y como a Goethe, le molestaba la fealdad; bonita nunca fui, y mi robustez contrastaba cruelmente con su finura.

Una mañana lo divisé en la Alameda. La verdad es que yo iba cada domingo con la esperanza de topármelo; cuando por fin lo distinguí sentado en una banca, le pedí a mi hermana Concha, fiel acompañante, que se alejara un rato y lo espíe medio oculta detrás de un árbol. Minutos después, temerosa de su escape, decidí acercarme: Alfonso estaba tan inmerso en la lectura de un libro que no alzó la vista hasta que yo, fingiendo sorpresa, lo saludé. Él se levantó, se quitó el sombrero y me invitó a acompañarlo.

—Sólo un momento, mi hermana no tarda en venir a buscarme.

—Si interfiero con...

—No, no —me apresuré a decir—, no se preocupe. Lo interrumpí, ¿verdad?

—De ninguna manera —colocó a Pérez Galdós en el espacio que nos separaba—. La lectura clarifica la existencia, ¿no cree usted, señorita?

Aunque así lo consideraba, su manera de expresarlo no dejaba lugar a refutaciones. Me preguntó qué haría al terminar el bachillerato.

—Ingresaré a la Facultad de Química.

El asombro le arqueó las cejas.

—Me gusta estudiar —me defendí de antemano y por costumbre.

—Disculpe usted si mi gesto la ofendió, pero una mujer...

—Sí, somos poquísimas y es difícil que nos acepten.

—No me malinterprete, quise decir...

¿Nos atropellábamos por el nerviosismo de nuestra cercanía? Temí que le disgustara mi audacia: una mujer deseosa de instruirse y sola en el parque era inadmisibile.

—Y usted, ¿qué va a estudiar?

—Medicina e Ingeniería, descartadas. A falta de mejor cosa, entraré a la Escuela de Jurisprudencia. Le confieso que no me satisface del todo; sin embargo, la carrera de Derecho puede servirme de marco para desarrollar mi verdadera vocación: ser escritor —aseveró ufano—. El peligro de aprender a leer está en que a uno le da por escribir, y a mí me dio muy pronto.

—¿Qué escribe usted?

La palabra *poesía* brotó de sus labios con dulzura.

—También cuentos y sonetos; tres de ellos los publicó el diario *La Patria* —se reclinó en el respaldo, y sin soltar aquella sonrisa, agregó—: Desde niño he creído que con la escritura pueden mitigarse los sufrimientos. ¡Cuán ardua es la tarea y cuán difícil llevarla a cabo!

Aunque parecía que hablaba para sí mismo, me agradó ser la destinataria de su confesión.

De entre las páginas de Galdós sacó unas hojas y leyó un pequeño texto que había redactado para una revista; desafortunadamente, Concha apareció en ese momento y nos tuvimos que despedir. Me fui con su voz en los oídos y su sonrisa en la mente.

A partir de entonces mis ganas de topármelo en los corredores de la preparatoria aumentaron. Él no siempre dio

muestras de desear mi compañía y por lo general iba en contertulio; aun así, en varias ocasiones platicamos:

—En mi familia no se es poeta de profesión —se lamentó cierta vez sin esconder la pena que le causaba—. Mi señor padre tolera la poesía sólo como pasatiempo; admira a Santos Chocano y desdeña autores que ni siquiera ha leído.

Meses más tarde, siendo ya universitarios, nos encontrábamos en la plaza de Santo Domingo y, tras mis ruegos, me leía lo que había escrito en la semana. El mundo guardaba silencio cuando Alfonso hablaba: le brillaban los ojos con la literatura, a mí se me encendían con su sola presencia.

—Algo te pasa —dijo mi madre, perspicaz, a pesar de los muchos quehaceres que le dábamos tantos hijos y su trabajo de bordadora—. Andas enamorada —aseguró.

Insistía en que invitara a mi pretendiente a comer, pero yo evitaba el posible desaire de Alfonso.

Llegó la fecha en que mis evasivas fueron motivo de recelo. Llegó el momento en que ansiaba su presencia y que mis padres conocieran a mi escritor. Por fin lo convidé a merendar.

«Manuelita, mañana no puedo, debo prepararme para un examen.» «El domingo... imposible, es el santo de mi hermana.» «Qué pena, ese día daré una lectura sobre los clásicos grecolatinos.» «Le ruego me perdone, Manuelita, tengo que renunciar a su amable invitación pues mi señor padre me ha pedido que lo acompañe a...» Finalmente, aceptó.

Abrí la puerta. Me tendió un ramito de violetas; sus ojos recorrieron el pequeño vestíbulo. En casa no había tapices ni viejos retratos de antepasados. La decepción le opacó el rostro; para que yo no me percatara intentó, en vano, ocultarla detrás de una sonrisa. Mamá le dio la bienvenida, mi padre le ofreció algo de beber. Parecía que nos habían almidonado de tan tensos hasta que en el comedor, gracias a la plática de mis hermanos, que se empeñaron en caerle bien al invitado, se desentumió el ambiente. Todas

las miradas revoloteaban alrededor de Alfonso; noté su incomodidad. Tras la segunda copa de jerez logró sumarse a la conversación, pero muy pronto el aburrimiento se apoderó de él. Lo invité al patio. En mi afán por halagarlo, parlotteé sin parar: confundido y mareado, bostezaba con cierto disimulo; sus párpados, incapaces de mantenerse abiertos, insinuaban que esa sería su primera y última visita.

Nos veíamos poco. Ambos destinábamos las mañanas a la universidad; él dedicaba las tardes a leer, escribir y Dios sabe a qué más. Los miércoles cenaba en El León de Oro con los ateneístas: ese grupo se reunía los jueves en la biblioteca de Antonio Caso y solían despedirse cerca del amanecer.

Cuando conocí a sus amigos, supe que lo apodaban Euforión. Puse cara de entender y al día siguiente investigué qué significaba: «Poeta griego del periodo helenístico. Ser dual: los mismos dones que potencian su fuerza pueden llevarlo a la locura.»

A veces cariñoso, otras indiferente o escurridizo, me contagiaba su curiosidad por la vida.

—En la Escuela Nacional de Jurisprudencia se aprende a perder el tiempo —me decía—. Los profesores son tan flojos que no pasan lista y regalan las calificaciones.

Alfonso odiaba lo que se logra con poco esfuerzo. Y, sin embargo, desde entonces se dejaba llamar «señor licenciado».

La única vez que pisé su casa fue por accidente. Yo había ido a entregar un traje recién bordado por mi padre para vestir a un Niño Dios. Al salir de la iglesia tropecé y caí; Alfonso, que vivía muy cerca, me encontró sentada en la escalinata. La coincidencia nos sorprendió. La manga de mi blusa se había rasgado y del codo brotaban gotitas de sangre. ¿Me llevó a su casa porque la imaginó solitaria? En cuanto la criada cerró la puerta y oímos voces, pálido, hizo un ademán de volverse, pero era demasiado tarde: su hermano Rodolfo atravesaba el vestíbulo y nos descubrió. Me presentó como «Manuela Mota, una condiscípula que hallé lastimada». Yo mostré el codo para evidenciar lo dicho.

—Pasen —invitó Rodolfo—, estamos en el salón.

Sin más remedio, Alfonso me señaló el camino. Al vernos, los allí reunidos guardaron silencio y clavaron sus miradas en mí; fingiendo naturalidad, Alfonso pronunció mi nombre y repitió:

—Mi compañera sufrió una caída.

Di las buenas tardes y sonreí con bastante vergüenza.

—Manuela, te presento a mi señora madre.

Extendí el brazo. Ella no se movió, me examinaba sin disimulo: mi aspecto, mi pobreza y dedicarme a estudiar, lo comprendí después, eran elementos que doña Aurelia consideraba inadmisibles en la «amiguita» de su hijo. Por si fuera poco, yo tenía cuatro años y veinte centímetros más que Alfonso, quien desde su llegada a la Ciudad de México vivía con su hermano Rodolfo.

—El más exaltado de la familia; estudió Derecho, el mejor alumno de su promoción —me había contado semanas atrás—. En la Escuela de Jurisprudencia se ha hecho fama de antiporfirista y anticientífico. Yo lucho por convencer a profesores y compañeros de que, a diferencia de mi hermano, a mí no me interesa la política. Rodolfo dirige un próspero despacho jurídico e insiste en que me incorpore al activismo electoral.

Su padre, el general Bernardo Reyes, gobernaba Nuevo León; doña Aurelia y las tres hijas habían venido de Monterrey a no sé qué reunión.

Una sirvienta apareció llevando una charola de plata con copitas de jerez. No obstante estar acostumbrada a las familias grandes, aquella lista de nombres y rostros se mezcló formando un torbellino que me mareaba; el raspón del brazo quedó en el olvido. Alfonso señaló una silla. Me senté, él permaneció detrás de mí y nos dispusimos a escuchar la conversación que habíamos interrumpido con nuestra llegada.

—¿Cómo osas dudar? Don Porfirio continuará hasta el Centenario de nuestra Independencia —aseguró uno de los hijos.

—No lo dudo —aclaró el yerno—. El tema es la asignación de la vicepresidencia. Eso es lo que está provocando inquietud en toda la República.

—Nuestro padre cuenta con miles de partidarios —el primogénito jugueteaba con su leontina de oro—. Por doquier florecen los claveles rojos.

—Gracias a que jamás lo devoró la ambición —afirmó doña Aurelia.

El tilín de una campana en manos de otra sirvienta dio fin al diálogo. La señora extendió el brazo, señal de que algún vástago debía escoltarla a la mesa.

—Mejor me voy —le dije a Alfonso.

Asintió; sin embargo Otilia, su hermana, insistió en que los acompañara. Mi presencia inquietaba a Alfonso; aun así, con un ademán me indicó que siguiera a los demás. Si los tapetes orientales y las mesas taraceadas del salón me ha-

bían deslumbrado, ¿qué decir de los enormes cuadros que adornaban los muros, del finísimo mantel y la vajilla de porcelana? Durante la comida, afortunadamente, nadie me prestó atención. Al terminar el postre, doña Aurelia le pidió —¿ordenó?— a Bernardo, el mayor, que tocara el piano. Todos nos dirigimos a la sala, tomé asiento en un canapé. La música me arrullaba: disimulé varios bostezos antes de quedarme dormida. ¿Qué esperar después de tantos y tan ricos platillos? Alfonso me dio un codazo y me sacó en volandas de allí. Me arrastró hasta un suntuoso despacho que él ocupaba durante las ausencias de Rodolfo; avergonzada, me amparé en la penumbra de un rincón. Luego de unos minutos, dijo:

—¡Qué maravillosas emociones se experimentan cuando, con los ojos cerrados, los dedos recorren la triple hilera de la Oliver!

Me acerqué. Él contemplaba las letras de la máquina de escribir; se sentó e, igual que un pianista, estiró los brazos, se arremangó y empezó a teclear. Sigilosamente rodeé el escritorio: no quería distraerlo ni parecer metiche, pero moría de curiosidad. Alcancé a leer: «Tú, lector, si llegas a saber —que sí lo sabrás, porque eres muy sabio— dónde está...». De pronto una comadreja, negra y lista para atacar, apareció frente a nosotros. Era doña Aurelia. La escasa luz no me impidió advertir la contracción de sus labios y el menosprecio en sus ojillos.

—¿A tu amiga no le agrada la música?

Si su presencia me asustó, sus palabras me paralizaron.

Alfonso se echó la culpa y le aseguró que tan pronto hallara el papel que buscaba, regresaríamos al salón. La mujer desapareció. En cuanto recobré la movilidad, me derrumbé en una silla. Él continuó tecleando; ni siquiera notaba mi presencia. Después de un rato alzó la vista y me miró como si no me reconociera.

—Escribir es la respiración de mi alma, la válvula de mi moral; lo que me deprime o angustia no es fuente de inspiración para mí. ¿Qué fin persigo al escribir? Me guía una

necesidad interior. Confío a la pluma la tarea de consolar-  
me o devolverme el equilibrio.

    Mi poeta me hechizaba.